

PESIMISMO?

(DE NUESTRA COLABORACION)

Ya estamos hartos de oír que la vacuidad materialista use y abuse sin tino ni sentido de la palabra pesimismo. Decimos palabra y no concepto porque en el empleo que por lo común se le suele dar hoy carece de verdadero contenido conceptual y no pasa de ser un tópico menos que retórico, un terminacho para salir del paso cuando no se sabe bien qué decir o no se sabe decir lo que se quiere o no se quiere decir lo que se sabe.

Dejemos la significación filosófica de las palabras pesimismo y optimismo cuando se aplica aquélla a una doctrina de Schopenhauer y ésta a una de Leibnitz y busquemos la acepción vulgar. ¿Cuál es? Yo ya no lo sé. Pero parece ser que así como escéptico, que en un principio significó lo que en su rigor etimológico significa y es el que investiga e inquiera por oposición al dogmático que afirma, el que marcha de los datos empíricos a la conclusión, que de ellos se desprende, si se llega a alguna conclusión, en vez de tomar, como abogado, una tesis y buscar pruebas para ella, y hoy significa el que duda, como si la rebusca implicase necesariamente la duda, así pesimista ha venido a significar el que todo lo encuentra mal. Y ni au esto, sino el que se detiene a denunciar lo malo dejando que otros ensalcen lo bueno.

Por de contado se ha dicho ya muchas veces que son los optimistas los que aparecen pesimistas. El que por bien que al parecer vayan las cosas las encuentra todavía mal es que tiene una elevadísima idea de lo que pueden llegar a ser, es que tiene conciencia de lo que es la perfección, en su entereza inasequible, y aspira a ella.

Pero descendamos y concretemos más. Se nos llama a tontas y a locas pesimistas a los que no cejamos en el empeño de denunciar y pregonar lo que hay de podrido en España y se nos dice que nuestra patria progresa. Sin duda alguna.

¡Progresa! ¿Y qué es eso de progresar? Porque esta desdichada palabra de "progreso" si que ha tomado acepción de suprema vacuidad materialista. Su más conspicuo símbolo es el humo de las chimeneas de las fábricas. Progreso en la acepción más corriente y vulgar, la de esos singulares optimistas, suele reducirse al progreso material. Cuando más al científico. Materialismo o científicismo sustentan ese contento con el tal progreso.

Sí, la riqueza pública crece y acaso se reparte algo mejor, hay más caminos y acaso mejores, más fábricas, se come más y mejor, las ciudades se urbanizan a la europea, los hoteles se hacen más confortables y más limpios, las gentes visten mejor, hay más personas que lean lenguas extranjeras, se nota más acometividad para los negocios, se des-tierra cada vez más el arado romano y se abona las tierras con abonos de industria química, se... ¿Para qué se...? La letanía progresista es de fá-

cil secuencia. Pero...

Pero que con estar todo eso muy bien, requetebién, hay más, mucho más que eso. No, no es que haya más; es que hay otra cosa. Y que con todo ese progreso y a pesar de él un pueblo puede ir degradándose espiritualmente a la par que progresa en economía, en industria, en comercio y hasta en ciencias y en artes. Sí, hasta en ciencias y en artes. La civilización es otra cosa, es muy otra cosa que ese esplendor de bienestar y aun otra cosa, muy otra cosa, que el mero orden externo. La civilización es el desarrollo, el crecimiento, el enriquecimiento de la civilidad, de la conciencia y el ideal civiles de un pueblo y esto es de orden moral, de orden religioso. Otra cosa es la "Kultur".

Con muchas fábricas, con muchos buques, con muchos ferrocarriles y buenos, con muchos excelentes hoteles, con muchos teatros, hasta con muchas Universidades llenas de especialistas muy competentes en sus sendas disciplinas científicas o literarias, un pueblo puede ser profundamente abyecto moral y religiosamente. Cada uno de los 93 intelectuales germánicos, v. gr., que firmaron aquel vergonzosísimo manifiesto del: "no es verdad"... refiriéndose a cosas que no habían comprobado ni les permitían comprobar es una eminencia científica, literaria o artística, pero aquel acto de vil servilismo de firmar lo que la autoridad les puso a la firma, aquel acto de fe implícita, fe de carbonero, en los asertos dogmáticos emanados de los sacerdotes del Dios Estado, aquello fué un acto de incivildad, de sumisión degradada, de abyección moral y religiosa y más en la patria de Lutero, el campeón del libre examen. Y todo espíritu ético y religioso tiene derecho a decir, sin que por ello se le puede llamar pesimista, que donde eso puede ocurrir la civilización va mal, muy mal. Y es natural que la civilización decline donde la militarización se encumbra.

Nosotros, los tildados a tontas y a locas de pesimistas, afirmamos que el verdadero mejoramiento de un pueblo es el mejoramiento civil, en civilidad, en ciudadanía, es el mejoramiento moral y religioso, es el acrecentamiento y enriquecimiento de buena y justa conciencia civil pública. El más hondo, el más duradero mejoramiento consiste en que medren la libertad y la dignidad personales de cada hombre, de cada ciudadano. Y junto al respeto a la libertad y a la dignidad personales del ciudadano, junto al promover y fomentar la más amplia y más libre expansión de la personalidad de todos y de cada uno, junto a esto no vale nada todo el progreso de humo de chimeneas de fábricas, de chillidos de sirenas me-





cánicas, de inodoros y todo lo demás de la misma laya.

Un rebaño de borregos bien apacientados pero incapaces de revolverse contra el pastor, porque les trata muy bien, pero como borregos, no es un pueblo libre, no es un pueblo civil. Acaso quepa decir que el peor cacique es el que parece cacique bueno.

Figurémonos, por ejemplo, un pueblo bien administrado — y administrar no es regir — pero donde la conciencia pública se adormeciese en la confianza hacia los pastores y donde acaso se extendiera ese horrendo e incivil dogma de que habló el señor Urzáiz, el de la omniscencia del soberano — y un dogma así es el que hizo firmar aquel vergonzosísimo manifiesto a aquellos desdichados 93 siervos del Estado deificado — pues ese pueblo declinaría en civilidad.

Sí, la España de hoy progresa, eso que llaman progresar los materialistas que quieren sustituir al sacerdote con el ingeniero — y éste metido en sacerdocio es tan malo como aquél —, pero, ¿mejora en civilidad? ¿se acrece y enriquece y depura y eleva su conciencia pública? ganan en dignidad y en libertad personales cada uno de los españoles aunque para conservarlas tengan que restringir la satisfacción de otras necesidades? Porque ésta y no otra es la cuestión.

Mientras haya, ponemos por caso, quienes en la actual guerra se inclinen del lado del beligerante que haya logrado hacer más baratas las drogas y fabrique mejores artilugios y cachivaches y chismes más útiles y de mayor uso — incluyendo entre estos chismes ciertas ideas de fundición también — pero sin preguntarse nada de la justicia eterna e ideal — santa retórica la de

estos conceptos éticos y religiosos que han hecho la majestad de la conciencia humana! — de la justicia eterna e ideal de la causa porque se pelea, mientras haya eso, de muy poco vale el demás progreso. Y los que no ven en el fondo de todo ello más que conflicto de intereses, los que están inficcionados de la doctrina del llamado materialismo histórico, esos están incapacitados para sentir la civilidad.

Viene a nuestras mentes ahora un nombre esplendente y gloriosísimo, el de José Mazzini, el impenitente revolucionario italiano, el más grande forjador de la unidad moral de una patria. Sabía que una nación, que una patria es ante todo una conciencia. Y la conciencia de una misión infinita.

Si aquí, en España, hubiese conciencia civil una y pública, no se toleraría mucho lo que se tolera: la forma cobarde y torpe en que los poderes públicos cumplen la neutralidad; la vil e hipócrita adulación al dispensador del poder; el régimen de arbitrariedades llamadas discrecionales; la falta de veracidad y de sinceridad en los que deben para regir mostrarnos el camino; la pordiosería y holgazanería de los más concientes; la resignación estúpida de los menos concientes... y tantas y tantas cosas más.

Sí, no lo dudamos, se progresa aquí mucho, pero hombres, verdaderos hombres, aunque sean pobres y enfermos, ¿dónde están? Y vale más ser ángel desgraciado que animal sano y lucio y bien criado y alegre.

Mientras no nos quiten de encima ese apretado nubarrón negro de la troglodítica ramplonería que como losa de plomo pesa sobre la españolidad civil!...

MIGUEL DE UNAMUNO

(Prohibida la reproducción.)

